

sólo por agradarla y complacerla, crimen del cual no creemos capaz á la humanidad aun en sus mayores y más exacerbadas perversiones, extraña de lo más abominable á la conciencia lo más útil á su imperio. Y después de haber acabado con Claudio, como en cualquier matanza rural se acaba con un cerdo, transmutábalo en augusta divinidad y poníalo entre los dioses mejores, agotando entre las increíbles apoteosis á su personalidad las loas de todos los himnos, las humaredas de todos los inciensos, las genuflexiones y las plegarias de todos los supersticiosos, los esplendores de todos los cultos. Y así hacía asesino con ella, ó cómplice de sus asesinatos, al cielo que la maldecía en aquel momento mismo y que preparaba para inmediato plazo su justo é inevitable castigo. Pero se pierde por tal manera en las alturas todo asomo de conciencia y se gastan todas las capacidades para el remordimiento, que, al revés de cómo las usan los criminales ordinarios, quienes huyen de sus víctimas y no pueden resistir la vista de sus restos, Agripina jugaba con los huesos del marido asesinado por creerlos como sustentáculos de su poder y como astillas de su cetro. Así, no se habían acabado los funerales, cuando ya se hallaba con toda solemnidad apercebido el ceremonial indispensable á la inverosímil apoteosis de Claudio y á la erección en su honor de un templo como pudiera tenerlo cualquier Júpiter de los muchos adorados en las liturgias con varias denominaciones. La costumbre de divinizar los emperadores provino del Oriente y la extendió por Occidente Grecia el día nefasto en que perdiera sus libertades históricas y penetrara por todos sus poros el espíritu asiático, encerrado en el despotismo como en las podres de las corruptas marismas los miasmas de las fiebres tercianas. A la Grecia libre no se le ocurrió divinizar ninguno de los héroes y de los oradores y de los poetas y de los filósofos y de los artistas que debían á ella divinizarla, y á la Grecia esclava, pasando por el horrible período de la decadencia, se le ocurrió divinizar los tiranos idos á su trono para perderla y deshonrarla. Macedones, romanos, seleucidas, Ptolomeos, todos cuantos representaban la tiranía y la conquista obtuvieron altares como los altares de cualquier dios, y campearon, tonantes y resplandecientes, sobre las aras perfumadas de mirra é incienso, como si hubieran realmente subido al Olimpo. Y lo mismo que en Grecia pasó en Roma. Los héroes del

gran período republicano jamás tuvieron quien les concediera una de estas apoteosis imperiales, ni quien les consagrara estos serviles templos: humanos y únicamente humanos de suyo, no divinos como los déspotas, sólo aspiraban á los premios por la humanidad disponibles, al agradecimiento de sus conciudadanos y al aplauso de la historia. Pero así que tras las dictaduras de Sila y Mario sobrevinieron los desmayos de la libertad y los eclipses de la República, sobrevinieron las apoteosis de los vencedores hasta en las porfías más deshonorosas y por las causas más injustas. El definitivamente divinizado fué á la postre también el definitivamente déspota, fué Julio César. La falta de costumbre hizo que se comenzara declarándolo semidiós, y la sobra de vileza que se concluyera declarándolo dios hecho y derecho. En continuación de tamaños homenajes pusieron á Augusto junto á Quirino como celestial protector también de la Ciudad Eterna. Bien es verdad que los precursores del cesarismo dieron á los césares el mal ejemplo vistiéndose de Neptuno con patillas de alga y tridente de oro y carro de corales el buen Sexto Pompeyo; de Baco ebrio, por pámpanos ceñido y esgrimiendo el tirso como sonando los crótalos, el audaz Antonio; por lo cual no debe maravillarnos constituyera una especie de colegio astrológico en torno suyo Tiberio, y mandara Calígula matar á quien se olvidó de la divinidad congénita con aquel esposo de la Luna sobreponiéndole la persona de Júpiter, y que Livia, la madre de Tiberio y abuela de Agripina, se viese adorar como Rhea, como Vesta, como Ceres, como las diosas más puras, en los altares más excelsos, á título de madre del universo, legando ese funestísimo ejemplo á su nieta, que fué del universo entero, no de sus entenados solamente, una implacable madrastra.

Agripina divinizó á Claudio, porque así le pasó por la mollera, no diremos que por el moño, y le dedicó un magnífico templo. Y bien pudieron agradecerle todos los romanos que no divinizará á su esposo y no se divinizará á sí en vida; pues de haberlo pensado, hiciéralo como lo pensaba, por aquello de ser ley constitutiva del mundo romano la voluntad suprema del César divino. Así no se andaba en bromas promulgando tal culto; pues lejos de quedar encerrado en el templo, salía por todos lados á la calle y entraba por cien abiertas rendijas en las costumbres. Había que certificar la

verdad jurando por Claudio. El simulacro y efigie de éste pedía una reverencia como la prestada de antiguo á las estatuas de los dioses. Cualquier criminal podía refugiarse dentro del templo claudiano en la seguridad completa de que nadie á la ropa le tocaría por haberlo declarado sacratísimo refugio la voluntad soberana de su viuda, mantenida por un voto solemne del Senado. Hubo así órdenes ó cofradías compuestas por los devotos del emperador, con sus reglas correspondientes y sus deberes litúrgicos. Agripina quiso que entraran en la orden claudiana principalmente los jurisconsultos y los poetas. Y en congruencia á una tal apoteosis como esta, constituía un culto y una religión aparte. Así la efigie de Claudio, coronada con aureola de rayos, apareció en las monedas, y en las pompas circenses ponían su estatua sobre colosal asiático carro, de que tiraban cuatro elefantes. Cuatro suertes de juegos acompañaron desde su fundación las liturgias imperiales. Fué una de estas suertes el juego dado por los pretores en el natalicio de los divinizados, puesto entre las fiestas principales por el calendario religioso. Fué otra suerte, la segunda, aquella organizada y mantenida por los cónsules, como la primera por los pretores. Otra suerte, la tercera, quedaba de suyo á los senadores, que las daban en el Palatino y las prolongaban por diez días. La cuarta, ó última, se remitía completamente al cuidado de los césares, por lo cual se llamaban fiestas palatinas, y únicamente se invitaba y recibía en ellas á personas de primera calidad. A esto se unían los jubileos y peregrinaciones, que se verificaban anualmente, y consistían en visitar fuera de Roma, por Alba y sus alrededores, el santuario de la dinastía Julia, es decir, de la dinastía imperial. El colegio sacerdotal destinado al culto se componía de sacerdotes sacados á suerte por la casualidad entre las primeras clases del Estado. Había, sin embargo, sacerdotes honorarios elegidos con toda solemnidad por el Senado. Llamábanse flaminios augustales claudianos los adscritos á mantener viva la llama del sacrificio consagrado al emperador. Hasta los vestidos tenían que participar de estos rituales, que se dictaban, no sólo en honor de los emperadores, en honor de las emperatrices, muchas de las cuales no se contentaban únicamente con ser sacerdotisas de sus maridos muertos, como lo fuera de Claudio Agripina; querían ser también diosas. La madre de Nerón aprobó solemnemente los planos del

templo concebido para honrar á su esposo; recabó de la curia senatorial un decreto para la fundación de este monumento, pues lo necesitaba por un artículo de la ley papiria; convocó al pueblo por un edicto para que realizase la consagración del sitio destinado al nuevo culto y al nuevo dios; presidió con todo género de pompas litúrgicas una procesión inacabable que llevaba consagraciones religiosas en ofrendas y en presentes y en símbolos de todas clases; oró largo espacio en meditación acompañada por suave música y coros sonorísimos; inmoló por su propia mano en aras de relucientes mármoles todas las víctimas demandadas por las tradiciones latinas, y luego declaró dios á su marido y se declaró á sí eterna sacerdotisa de tal dios.

En cuanto se concluyó la ceremonia, repitióse lo mismo que tantas veces viéramos en las incidencias de esta historia, las reuniones de los retóricos y de los filósofos y de los poetas para criticar los hechos que habían ellos perpetrado y maldecir de las personas que habían ellos sin medida engrandecido. Séneca, rencoroso de suyo, y por rencoroso incapaz del perdón y del olvido, connaturales á la generosidad, comenzó con bromas y burlas muy celebradas y aplaudidas por sus cofrades, cómplices suyos en servir la dinastía imperial y denostarla. «Creo, decía Séneca, que cuanto más elevamos al cielo nuestros señores, menos estamos entre los humanos y con mayor descenso caemos en el mundo animal. Desde que Claudio aparece como un dios, aparecemos nosotros como un rebaño. Y este dios habrá entrado con mal pie, por lo menos habrá entrado, como buen cojitranco, balanceándose, cual un borracho, á los desniveles producidos por la cojera. Como en el cielo no hay más que inmortales, no podrán destinarlo á enterrador, oficio muy cumplidero para sus alcances, pero sí á vigilante de la Vía Apia, donde campeen los emperadores como Augusto y las princesas como Drusila que le han precedido en la divinidad. Le creíamos una calabaza de dura corteza y nos sale astro de primera magnitud. Y el caso es que ignoro á cuál hora del día y de la noche se ha cumplido esta metamorfosis ignorada de Ovidio, porque siempre fué cosa más difícil poner de acuerdo los filósofos en un mismo pensamiento que los relojes en un mismo minuto. Nadie ha sabido el instante de su natividad; y cuando el infeliz hubiera dejado su alma,

como cualquier excremento, en el estercolero, le obligan á depolerla en el Olimpo. Así murió sobre una mesa y entre cómicos que representaban obscenas fábulas. Su postrer aliento no se le huyó por la boca, por lo contrario y opuesto á la boca. Cuando Júpiter le ve llegar tirando de su pierna y le pregunta, no ya de dónde llega, de dónde es, imposible que nuestro padre celestial se enterase de la respuesta, porque no habla ninguna lengua el cuitado recién ido á la olímpica corte. Así tuvo Júpiter que llamar á Hércules y decirle clasificase aquel animal. Cuando á éste vió, tomóle por un buey viejo y cansado, como cuando le oyó, por una foca en rabia. Entre monstruos marinos únicamente podía darse un tiburón como él. Por fin, rompiéndose los sesos, averiguaron su cuna y vieron que se llamaba ésta Lyon, siendo así un galo destinado, cual sus predecesores, á tomar la Ciudad Eterna. Por ende los dioses le trataron poco más ó menos que lo trataban los esclavos y los extranjeros, á quienes favorecía con dádivas, cosechando de sus larguezas todo género de burlas. No sabían cómo colocarle, ni qué patronato reconocerle, ni qué facultades atribuirle, por incapaz de todo é inhábil para todo. No podía ser dios de ningún oficio, cuando carecía de aptitudes para ello y de toda competencia en las artes y en las industrias humanas. Así Jano quería echarlo de sus divinas asambleas por posma, y Augusto por poltrón, y Júpiter por fratricida, y Vulcano porque no hubiera dos cojos en la corte celestial, y Mercurio por mal abogado; pero, al fin, Roma lo divinizó por el único título de alguna validez que tenía, por pura calabaza.»

Tales poco más ó menos las facecias de Séneca sobre Claudio. Y mientras el filósofo lo ponía en ridículo, Británico amargamente lo lloraba y de su muerte con verdadero dolor se plañía, huérfano y solo, entre aquellos despojos y fragmentos de un verdadero naufragio. Acompañábale su hermana Octavia, dada en prenda inocente á las voraces ambiciones de Agripina y á los feos apetitos de Nerón, sin que pudiera satisfacer aquéllas ni saciar éstos, porque tan horrible legión de males no descansó, á pesar de las carnazas que le habían dado para dormirlos, hasta tragarse al infeliz emperador, tras desvestirlo de su púrpura, que toda la tierra envolvía, siendo tan extensa y grande como el cielo. Consideraban uno y

otro todo cuanto había ocurrido y se abrazaban mutuamente como queriendo flotar juntos y unidos sobre los amargos oleajes que los rodeaban y no estrellarse contra los escollos extendidos por todas partes que les oponían sus filos cortantes y sus horrorosas estrías. Consideraban lo hecho con el padre amado á quien debieran la vida, y sabían como todo ello lo maquinaran, después de haber concluído con él á la sombra del propio trono, bajo cuyo amparo las cobijó, para concluir con sus hijos, abrasados en los rayos de su aureola celestial y en las llamas de sus sacrificios litúrgicos, por Agripina presentados á Claudio para explotarlo allende la muerte suya como lo habían explotado en vida. El esposo que habían dado á Octavia no estaba unido con ella por el amor, cual todos, sino por una cadena tirante á justificar su imperio, como la que puede poner el cazador al perro de caza, que le husmea, le persigue, le asalta, le asedia, le rinde, le mata, le trae una presa, la cual no se comerá quien la rindiera y captara. En cuanto á Británico, ni aun para eso podía servir el cuitado; Británico puramente quedaba de obstáculo, vencible á cualquier precio, en cuanto se presentase y surgiese la menor dificultad. Su desgracia era tan enorme y su destino tan adverso que no le quedaba dentro de la corte ningún partidario, inmolido aquel Narciso á quien había tenido que acogerse, no obstante haber asesinado á su madre, para ver si por su intercesión y por su intermedio defendía ó salvaba de algún modo y por algún camino á su padre. Pero á éste lo habían matado para ser sus asesinos césares, y luego á los hijos del muerto habíanles relegado en una soledad espantosa y en un abandono y en un silencio semejantes á los que reinan sobre las sepulturas, mientras elevaban al autor de sus días al cielo y lo ponían entre los dioses. En todas aquellas ceremonias tan solemnes, en todos aquellos tan grandes holocaustos, en los funerales del muerto, en las honras varias antecedentes y consiguientes á estos funerales, en las festividades múltiples, todos los romanos representaron algún papel y tuvieron alguna parte; los únicamente proscritos fueron los dos revestidos de su carne y animados por su sangre, naturales y legítimos herederos de sus prerrogativas y de sus privilegios. Todo el pueblo romano había conocido esta injusticia y echado de ver esta crueldad; pero la cobardía debilitaba tanto los ánimos, que nadie apuntara una pro-

testa. Así los dos hijos de Claudio estaban heridos de muerte y sentían al partido el escozor de su herida. Mas cada cual, para defenderse y salvarse de algún modo, seguía lo más imperioso que hay en la naturaleza, el mandato imperativo de la complexión connatural á su correspondiente sexo. Así Octavia se proponía rogar, plañirse, conseguir por lágrimas y suspiros la salvación de su hermano infeliz á quien idolatraba, mientras Británico extendía las manos y elevaba los ojos al cielo, prometiendo por sus progenitores muertos y por sus dioses lares desafiar al destino si era preciso, y si era preciso morir, pero morir combatiendo y matando. ¡Cuán desigual combate!



CAPÍTULO III

¿QUIÉN GOBIERNA?

Algunos meses han pasado tras las escenas anteriores y en su transcurso ha cogido Agripina el gobierno, dejando á Nerón el placer. Así, cuando hijo y madre se hallan reunidos en la misma estancia, la madre parece una diosa y el hijo un esclavo.

— Que promulguen, Vitelio — dice la emperatriz, dirigiéndose á este su ministro allí presente, — que promulguen mi título de sacerdotisa del emperador Claudio.

— Quedará promulgado — responde á la orden el ejecutor, especie de maniquí movido por Agripina.

— Que me designen dos lictores como á los cónsules.

— Quedarán designados.

— Que no se reunan los senadores en el templo de la Concordia y de la Victoria.

— Se reunirán donde tú digas.

— En el Palatino y en el palacio.

— Ya sabes que las mujeres no pueden asistir á tan augustas asambleas.

— Quiero verlos en mi cuarto.

— Hágase así.

— ¡Vaya si habrá de hacerse!

— A grave disgusto estás expuesta por cosa tan baladí.

— ¡Ca!